

I Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile, 1985.

# Palabras del Presidente de la Comisión Organizadora .

Carlos Munizaga A.

Cita:

Carlos Munizaga A. (1985). *Palabras del Presidente de la Comisión Organizadora. I Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/i.congreso.chileno.de.antropologia/1>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ektb/Gac>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## DISCURSO INAGURAL DE CARLOS MUNIZAGA AGUIRRE, PRESIDENTE DE LA COMISION ORGANIZADORA DEL PRIMER CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGIA

Sr. Presidente Colegio Antropólogos de Chile A.G.,  
Sr. Director Museo Nacional de Historia Natural,  
Estimados Miembros del Congreso, Alumnos, Sras. y Sres.

El Colegio de Antropólogos de Chile ha organizado este Primer Congreso Chileno de Antropología y se me ha conferido el honor de dirigirme a ustedes en este día de su inauguración.

Este Primer Congreso, creo, será un hito en el desarrollo de la Antropología chilena y en la vida de los Antropólogos. Y es también un hito en mi vida científica y personal.

He pensado mucho acerca de qué poder decir a ustedes, en este día tan especial.

Y, después de pensar, vi que casi todo lo que podría decir aquí sobre Antropología chilena está en las valiosas investigaciones realizadas y publicadas por ustedes mismos.

En efecto, ya hace más de treinta años que empezó un período que podemos llamar de **universitarización** de la Antropología chilena y que hoy se une con el feliz florecimiento de ella en organismos particulares. Y ya hoy no es posible identificar, a la Antropología o algunos de sus campos con el nombre familiar de un solo investigador, como ocurría en los comienzos de este período, por ahí en 1950. Entonces, opté por buscar y expresar a ustedes algún aspecto de la Antropología que he vivido personalmente. Y que, aunque en apariencia es simple, tiene las más amplias y profundas implicaciones en el desarrollo de ella.

Creo que debemos ser fieles a la tarea Antropológica pese a la constante discusión sobre su objeto como ciencia en la que en algunos casos se llega a afirmar que no es ciencia ni tampoco posee un objeto, lo que trae sin duda, las mayores incertidumbres tanto a los alumnos que se inician como a los propios académicos que enseñan y, por supuesto, al medio social general.

Precisamente, en este período que he llamado de **universitarización** de la Antropología, creo que es beneficioso trabajar en una **etnografía** de tales instituciones universitarias y, en el último tiempo, **particulares** en la que la antropología se ha desarrollado. Es decir, sería tonificante

tener algunos materiales sobre antropología de la ciencia, emparentados con los clásicos temas de la sociología de las ciencias y la sociología del conocimiento.

Hace años, el gran maestro don José Medina Echavarría, fue mi guía en un largo Seminario en el que mi tema era el trabajo de Max Weber, "La ciencia como profesión". Esto hace más de veinte años, pero ese trabajo me impactó tan profundamente que dejó como una inquietud en mí: la de escribir una sociología de la universidad. Como todos saben, ese trabajo de Weber que tiene que haber leído todo universitario, es un verdadero planteamiento antropológico social y una orientación para formular una etnografía de la universidad. En ese tiempo el contenido de tal trabajo se hizo tan vívido, tan actual que me pareció estar viviendo una superposición de él en la Universidad de Chile, en mis experiencias personales, en las visicitudes, las postergaciones "injustas" que sufrían los académicos más valiosos, la elevación meteórica de los que eran más superficiales, la condenación a que estaban sometidos los profesores más brillantes, el juzgamiento de la calidad de los académicos que era más alto cuantitativamente, cuando tenían más alumnos enrolados en sus listas de la Cátedra, etc., relegándose a ciertos profesores con pocos alumnos inscritos, a una situación de inferioridad académica. Y reitero, las eternas postergaciones de aquellos que eran muy capaces. Vi después de esto que, un norteamericano, Logan Wilson, había escrito una obra inspirada en Max Weber, que denominó "El hombre académico". Y don José Medina, me señaló y me hizo leer también este libro y me instó a escribir un ensayo sobre sociología de la universidad, sobre los hechos reiterados, que permitiera formular principios de explicación para estos fenómenos universales.

Como yo había ido a la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, donde él era Director, para aprender Sociología con el propósito oculto de mejorar mi preparación para la labor de antropología social, limité mis expectativas a realizar una etnografía de la Universidad y, con el tiempo, una etnografía específicamente, del desarrollo de la Ciencia Antropológica. Este propósito fue quedando materializado en apuntes, impresiones, entrevistas personales y en anotaciones sobre mis propias experiencias, algunas de las cuales se vertieron, parcialmente, en artículos o conferencias, que tuvieron relación con hechos importantes de mi vida profesional en Antropología.

Por ejemplo, cuando la Sociedad Chilena de Arqueología me honró otorgándome la calidad de socio honorario de ella, relaté parte de las dolorosas y fantásticas experiencias de un grupo de nosotros, en las que se comprenden rechazos sucesivos, dentro de un misterioso hermetismo, con respecto a nuestros deseos de establecer la investigación arqueológica dentro de la Universidad. Experiencias que se expresaron en hechos como desalojar nuestras humildes colecciones de fragmentos de cerámica de un pequeño recinto que, el día anterior, un funcionario había asignado para la Arqueología de Chile. Al terminar esa conferencia en el Salón de Honor de la U. de Chile hice una invocación: "¡Que la providencia, que la sociedad

chilena de Arqueología, que la U. de Chile, preserven de todo mal a los arqueólogos y sus laboratorios!" Esta frase no aparece en la Revista donde la Conferencia fue publicada, pero sigue en mis oraciones, agregando, ahora, entre las entidades protectoras, al Colegio de Antropólogos de Chile.

En otra ocasión, al inaugurar el Taller de Arqueología de la Zona Central, en noviembre de 1984, me referí a la oscura trayectoria de un valioso manuscrito: ¿extraviado? y, también al olvido ¿intencionado? de la labor de los antropólogos, en ciertas ocasiones en que, sorprendentemente, un planteamiento científico, una conclusión antiguamente formulada, parece estar surgiendo por primera vez. Y en esa ocasión reiteré la invocación señalada antes y agregué a ella lo siguiente: "que la providencia y las otras entidades, preserven también la propiedad de las ideas, de los manuscritos, el sentido de ellos, la memoria y el real papel que a cada investigador correspondió en cada tarea científica. Aprovecho de agregar ahora: "y se preserven de todo mal las colecciones arqueológicas y etnográficas; las raras piezas obtenidas, sobre todo, algunas que constituyen huesos maestros para reconstruir el cuerpo de extensas etapas culturales básicas de la cultura de nuestro país.

En realidad, señores miembros del Congreso, creo que es fundamental cualquier esfuerzo que hagamos para construir una etnografía sociocultural de estos organismos, de estudio especialmente las universidades. Porque dentro de ellas ocurren los procesos que condicionan la Antropología, como ciencia y como profesión, impulsándola o esterilizándola.

Pero ¿serán estos ejemplos demasiado pequeños para presentarlos en un Primer Congreso, tan trascendente como éste y para una ciencia que nos es tan querida como la Antropología? Porque ¿dónde están aquí, por ejemplo, los fenómenos de dependencia económica y política internacional?, ¿dónde el gran referente teórico de las potencias y estructuras sociales del mundo?, ¿dónde la nueva etnografía, la nueva antropología, la nueva arqueología, que nos preocupa a todos hoy y que aterra y desconcierta a veces, a profesores y alumnos?

Pues, en este desafiante mundo de las ciencias sociales, sigo fiel a este proyecto de etnografía de la Universidad que he ambicionado. Y siento que bajo las humildes experiencias personales, las viejas y las nuevas notas recolectadas hasta hoy mismo en los pasillos de la Universidad, corren ríos profundos de significado y que sólo es necesario escuchar con alguna atención. Y aquí comunico a ustedes otro trozo de mis antiguas notas, al final de las cuales requeriré, tal vez, ampliar mi invocación de protecciones. De tal manera que tal vez, al final de mi carrera de antropología, en lugar de una etnografía, sólo habré formulado una especie de letanía, constituida por una sucesión de estas invocaciones de protección de todo mal para los Antropólogos y la Ciencia.

En mis notas, no publicadas consigno como se tacha la Antropología, en muchos textos, como un instrumento del colonialismo o el imperialismo, lo que seguramente es cierto. Y como esto, en un sentido positivo, estaba indicando la potencialidad práctica, profesional de la Antropología, aunque en tales casos se trataba de aplicaciones injustas, inmorales, inhumanas. También se la tacha de hija del colonialismo, lo que ya es más discutible. Y sobre todo, que se olvida que esta hija puede, precisamente, ser un arma fundamental en la defensa contra el colonialismo y el imperialismo.

En este aspecto predominan en los textos que estudian nuestros alumnos, los ejemplos de la antropología como instrumento en la administración de las Colonias del Imperio Británico.

Algunos autores expresan "que la antropología es la hija del imperialismo, estuvo siempre del lado de los opresores. En la actualidad lo que debe hacerse -dicen- es dar vuelta las cosas, haciendo que ella esté al servicio del tercer mundo, de los países pobres, de las minorías étnicas".

Galtung ha hablado del Colonialismo Científico. Entre estas formas del Colonialismo estaría el que los países desarrollados creen tener derecho a obtener información ilimitada sobre los países del Tercer Mundo, "como quien extrae materias primas".

Y la providencia nos proteja -digo yo- de los metodológicamente perfectos cuestionarios internacionales que son verdaderas palas excavadoras, extractoras de información que enviamos a los computadores del mundo exterior del desarrollo, ¿para qué?. No es necesario hacer muchas suposiciones sobre el para qué de estas informaciones.

Pero ocurre que un tema de tal importancia como el anterior no se ilustra con ejemplos concretos de nuestro país, lo que produce un distanciamiento entre teoría y práctica antropológica y -yo diría- impide la necesaria conmoción interna, afectiva, científica y moral de los estudiantes que se inician en estas materias y de los profesionales que puedan ignorarlas.

Un pequeño ejemplo de mis notas vinculadas a esta materia, indica la necesidad y posibilidad de la etnografía que he señalado, vinculada a los procesos de contacto, de dependencia, de colonización, etc., pero en cuanto estos procesos se manifiestan concretamente en situaciones específicas, en una unidad universitaria y, más aún, en nuestro país.

Y aquí continúa mi nota. Ocurre que yo, académico bastante desconocido de la antropología, aun en Chile, hace unos años, al leer una revista internacional empecé a vivir una jornada de terror. Porque quedé pasmado, por

ahí por el año 1960. Porque en ella se referían a mí en los peores términos porque había escrito muy mal una historia de vida: "Vida de un Araucano" que muchos de ustedes conocen. El artículo "demoledor" era demasiado largo para estar destinado a destrozarse a un pobre académico como yo, de un país en desarrollo, que tenía su oficina en una humilde cabaña de madera, sin calefacción, sin alfombra y con un sueldo bajísimo para sobrevivir. Era demasiado largo en efecto, sospechoso, pero la verdad es que yo no experimenté más que sorpresa.

Poco después, lo confieso, no sin aprensión, vi a algunos colegas que conversaban secretamente en los pasillos y jardines; que me quitaban la mirada o tenían unos ojos huidizos cuando se encontraban conmigo. ¿Aprensiones?, tal vez. Pero todos, como una insignia, llevaban bajo sus brazos, semiculto, el ejemplar de color azul de esa revista internacional. ¿Por qué? Algunos amigos me llamaron por teléfono para decirme que el ataque era indigno, que las bases científicas en que se apoyaba eran nulas e increíblemente mal fundadas; que no me preocupara. Bueno, mal que mal, mi trabajo, este ensayo, había sido estimulado y revisado por el antropólogo Dr. Alfred Metraux y hasta partió de él ponerle unas páginas como prólogo.

Pero, estimados amigos, imagínense cuánto sufrí, dormí mal, estaba desconcertado. Y yo no sabía que era protagonista de un capítulo de la etnografía de la ciencia chilena y, en particular, de la antropología.

Las notas etnográficas con el tiempo se tornan amarillas, pierden su carga de afectividad, de tensiones, de sufrimientos. Pero no puedo olvidar aquel día en que, por fin, me citó el Decano y vi que, encima de su escritorio, tenía la fatídica revista azul. No tengo tiempo para revivir la conversación con él. Sólo diré que él trató de confortarme. Y les diré que en los días siguientes me di cuenta que, en esta especie de novela de "ciencia-ficción", el suscrito era una importante víctima, en un contexto internacional. Pues, al quedar pública y profesionalmente descalificado, tendría que abandonar la Universidad y la Antropología Social, naciente en esos tiempos en la Universidad de Chile. Y, entonces, ella sería administrada por otros profesionales, ligados al extranjero autor del artículo. Pero, como diré más adelante, esto que había ocurrido era parte de la etnografía universitaria. En este caso, estábamos ante un método, una táctica de instrumentalización de la antropología, en el campo de la dominación económica y política, de la extracción masiva de información social, ¿fines imperialistas?. ¡Claro que sí! Pero no quisiera que ninguno de ustedes viva jamás una jornada tan fría e implacable como ésta. Es decir, no quiero que la vivan sin tener conciencia de las fuerzas dentro de las que estarán presos. Porque estoy seguro de que muchos de ustedes tendrán que vivirla. ¡Vivanla etnográficamente entonces; como un científico que sabe que no es el ciego destino sino que son bacterias las que atacan y minan su organismo, mientras se defiende de ellas!

Y ... ¿Cómo es posible que esté yo aquí hoy, en este Congreso y, más aún, dirigiendo un Departamento de Antropología, después de todo lo que acabo de relatar? Pues por un desenlace inesperado: pocos días después, un importante periódico, con grandes títulos expresaba: descubierto el plan x, su autor ha huído al extranjero ... el complot vulnera la soberanía chilena ... El autor del plan x era, precisamente, el autor del artículo que me hizo pasar tan malos ratos. Y creo que no debo extenderme más en esta parte de mis notas, para una etnografía de la Universidad.

Reitero que situaciones de este tipo deben utilizarse como ejemplos en los textos de Antropología en Chile y Latinoamérica; como ejemplos actuales, junto a los antiguos y lejanos ejemplos de los antropólogos del Imperio Británico, o los del Congo Belga en los libros clásicos de antropología.

Estoy convencido de que debieran realizarse muchas tesis de grado y de postgrado sobre este tipo de casos.

¡Cuánto necesitamos, nosotros y necesitan los jóvenes, estudios etnográficos de la Universidad; con una etnografía que dé cuenta de cómo se manifiesta en ella concretamente, en las historias de vida de sus académicos y alumnos, la influencia, la implacable guadaña exterior que cegará a los que se sabe que no transan en materias que amenacen la libertad intelectual, social, el destino de nuestros pequeños países en desarrollo. Una etnografía que describa los cursos, cómo se estudia, cómo se trabaja, cómo se experimentan placeres, amarguras y esperanzas, aunque sea específicamente sólo en el campo de la Antropología; etnografía que revele quiénes orientan esta ciencia, en una unidad académica, quiénes mandan, deciden. Si son ellos o no antropólogos, etc.

Considero que esta parte de mis notas tiene actualidad práctica y que, junto con la de otros Antropólogos, debe abrir los ojos a los jóvenes. Pero sin rencor alguno, sin ira, sólo como materia de estudio científico recordando que son también destacados antropólogos quienes han, en gran parte, creado e impulsado el desarrollo sano de la antropología chilena. Termino pues con la creencia de que al entregar a ustedes parte de mis notas de trabajo, creo que realizo de la manera más sincera el acto más propio de la profesión antropológica, entregar algunas partes de mi HISTORIA DE VIDA a esta ciencia y a mis colegas.

GRACIAS.